

***Son tus huellas el camino. Antonio Machado
en la memoria poética del siglo XX. Araceli
Iravedra. Madrid. Visor Libros. 2025.***

Ángel Luis LUJÁN ATIENZA
Universidad de Castilla-La Mancha
ORCID: 0000-0003-0244-2358

Este libro supone la síntesis y la culminación de una aventura intelectual que ha ocupado a la autora desde su tesis doctoral y que ha ido dejando importantes aportaciones que encontramos ahora aquí reunidas, actualizadas y sistematizadas.

«¿Cuántos Machados hay en Antonio Machado?» es la pregunta que sigue fascinando a los estudiosos y amantes de la poesía del sevillano y que se renueva con cada nueva generación de poetas y críticos. Prueba de ello son las monografías dedicadas al autor en la última década, como la de Juan Antonio Sánchez, *Antonio Machado y Kant* (2022), o la de Víctor Fuentes, *Antonio Machado en el siglo XXI* (2018) que se relaciona directamente con el libro de Iravedra pero que supera el marco temporal propuesto por esta. Sí entran de lleno en el asunto que nos ocupa los libros de Jesús Rubio Jiménez, *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)* (2018) y de Xesús Alonso Montero, *El nombre y la obra de Antonio Machado dentro de las coordenadas del franquismo* (2022), de los que la autora da noticia y tiene en cuenta, pero que no coinciden exactamente con el objetivo de su trabajo toda vez que aquellos se centran principalmente en la historia «externa» de la recepción de Machado y caerían más del lado de la sociología de la literatura, mientras que el estudio de Araceli Iravedra pone el foco en el aspecto filológico y

crítico acudiendo muchas veces al detalle del rastreo de los hipertextos machadianos y desarrolla la crítica literaria en su sentido más amplio y a todos los niveles, desde la crítica temática hasta la estilística, un trabajo desde luego en que el fenómeno de la intertextualidad tiene un papel relevante. No quiere ello decir que la autora olvide la parte histórica y sociológica y las circunstancias que rodearon cada uno de los rescates o rechazos del poeta de *Campos de Castilla*. Basta leer el capítulo dedicado a la adaptación musical de los versos de Machado por parte de Serrat o el que explica la maniobra de Ridruejo para hacer de Machado uno de los «suyos» para darse cuenta de que la dimensión histórica o sociológica, aunque no ocupa el primer plano, está presente y bien trabada e imbricada con el discurso crítico.

En este sentido creo que es especialmente pertinente la elección del término de «memoria poética» que aparece en el subtítulo del libro porque enriquece el concepto de «huella», que se limita a indicar solamente una impronta material y perceptible, de la que también se da cuenta en este trabajo sobre todo, como digo, por medio del establecimiento de los hipertextos machadianos. El concepto de memoria, más lábil pero también más sugerente, le permite a la autora hablar de los recuerdos a los que es sometido Machado pero también de los borrados, de los olvidos voluntarios, de las posibilidades de crear una memoria otra, de tomar los conscientemente deformados recuerdos por la realidad (como en el caso de Ridruejo) o de las vueltas y revueltas de los reconocimientos con sus arrepentimientos y palinodias correspondientes, en un sentido u otro, como las de Caballero Bonald o Pere Gimferrer, en direcciones opuestas. Se trata, desde luego, el de memoria de un concepto más dinámico que nos da la oportunidad de abarcar lo «poético» de Machado no solo en la materialidad de sus versos y los ecos que suscitó aquella voz sino en las tres dimensiones que se van dando cita a lo largo del libro: la figura civil del poeta y su pensamiento político (dimensión histórico ideológica), su poética (dimensión teórico literaria) y su práctica poética (dimensión crítica). Estas tres variables que conforman la «memoria poética» de Machado en tanto que están todas imbricadas en los versos del autor son a las que se va pasando revista a lo largo de la publicación, en

una combinatoria que nos da un retrato exacto y a la vez sintético de esta móvil memoria del poeta.

El libro sigue un recorrido cronológico que abarca todas las etapas de la poesía de posguerra, y se abre con un capítulo que, a modo de marco o pórtico, nos entrega una mirada de conjunto que nos sirve de guía general para adentrarnos en esta aventura de la fortuna literaria de Machado a lo largo del siglo XX.

Aunque es de sobra conocida la apropiación que hizo «el grupo de Rosales» (como acertadamente lo llama la autora) de Machado, especialmente el vergonzante episodio del artículo y después introducción a las *Poesías completas* del poeta por parte de Ridruejo, sin embargo no se han estudiado suficientemente las huellas directas del poeta, como lo hace aquí Araceli Iravedra de manera clarificadora en el caso de Panero, poniendo en paralelo un poema de Machado y uno del astorgano y estableciendo las claras resonancias y huellas.

El grueso de la obra lo ocupa, como es lógico y no podía ser de otra manera, la recepción de Machado por parte de los autores de la poesía social y sus continuadores y renovadores, la llamada generación del 50. Especialmente interesante es el capítulo que lleva por título: «Los poetas sociales tras Antonio Machado: de los argumentos éticos a los fundamentos estéticos», donde se plantea y se renueva la pregunta sobre en qué medida y en qué aspectos fue Machado antecedente de la poesía social. La autora desmenuza con precisión y sin a prioris las cualidades que en la poesía y pensamiento de Machado lo hacen antecedente o por lo menos pueden ser influencias de la estética de la poesía social, poniendo el acento esta vez en la parte ideológica y de contenido y no tanto en la estilística. Especialmente relevante es el apartado: «¿Poesía social? Para un arte comprometido» donde la autora establece las posibilidades y los límites de una poesía que se pudiera llamar verdaderamente social en la obra de Machado. Este capítulo, más teórico y especulativo, como digo, tiene su complemento y continuación en el que sigue, donde la autora pasa a concretar y exemplificar las consideraciones teóricas a partir de un tema específico y central como es el tema de España, y donde se muestra que más allá de la transmisión o coincidencia de ideas afloran los intertextos en forma de estilemas,

y el uso de símbolos e imágenes machadianas que a propósito del tema de España heredan los sociales.

Igualmente modélico en este acercarse con cuidado y meticulosidad a los textos es el muy exhaustivo capítulo sobre la intertextualidad machadiana en Blas de Otero, donde una de las estrategias discursivas típicas del bilbaíno como es la resemantización de expresiones lingüísticas fosilizadas o heredadas se estudia en su aplicación a los textos de Machado rescatados por Otero, prestando especial atención al fenómeno que hace que «la palabra intimista de Antonio Machado se convierte casi en un hábito de la poesía de Otero, quien formula mensajes de propósito social o político bajo la égida del *poeta del pueblo* aun cuando los préstamos de este no encierran aquella pretensión en su contexto originario» (155).

Y de resemantización trata también en gran medida el capítulo dedicado a la musicalización de las canciones de Machado por parte de Serrat (al que ya he aludido). En él se muestra cómo una vez que la influencia de Machado decae en la lírica, con el declive de la poesía social, vive una segunda vida en la canción de autor y canción popular. Con el trabajo pionero de Marcela Romano al fondo, la profesora Iravedra hace un detenido análisis de la resemantización de ciertos poemas y expresiones machadianas no relacionadas directamente con temas sociales en el álbum de 1969 del cantautor catalán, que tiene la virtud de situar a Machado, más allá del ámbito de la literatura, en el imaginario popular.

A la recepción de Machado por parte de los autores conocidos como generación del 68 o, en términos de Ángel Luis Prieto de Paula que comparte aquí la autora, «musa del 68», dedica Araceli Iravedra dos capítulos. El primero, de carácter general, lleva a cabo la necesaria tarea de revisar la generalización que, por inercia crítica, se viene haciendo sobre el rechazo de Machado en la generación de los novísimos. Como reconoce la autora se trata de «matizar el tópico del masivo descrédito de la figura del poeta» entre los componentes de esa generación, de manera que se lleva a cabo «una revisión de las sucesivas etapas y diferentes perfiles que conoce la recepción del sevillano en esta hornada lírica» (245-246). Del mismo modo que con respecto a la generación del 50 hay que hacer matices sobre la incondicional adhesión a Machado aquí hay que

hacerlos con respecto a su incondicional rechazo, como queda claro en los ejemplos aducidos por la autora, sobre todo de poetas pertenecientes a la etapa inicial de la generación y un tanto al margen de la corriente principal. Hablamos de los componentes del equipo Claraboya, de Diego Jesús Jiménez, de Lázaro Santana y de Juan Luis Panero. Todos hacen en algún momento un homenaje a Antonio Machado, aunque de un modo un tanto ambivalente debido, como muestra la autora, a la instrumentalización que se había hecho anteriormente, y que todavía está reciente, de la poesía del sevillano. Se detiene el estudio en la recepción de Machado por parte de dos poetas contrapuestos en sus estéticas pero que aceptan el magisterio machadiano en distintos aspectos, Miguel d'Ors y Antonio Carvajal. Pero el ejemplo más claro de excepción al presunto rechazo generacional y de aceptación del legado machadiano lo constituye el caso de Antonio Colinas, al que con razón se dedica el segundo capítulo que trata de esta generación. En él se analiza, como era de esperar, la influencia de Machado en el leonés no solo a propósito del tratamiento del paisaje castellano sino principalmente de la herencia simbolista y órfica de la que ambos beben.

El último capítulo, que la autora indica que ha redactado específicamente para esta publicación, resulta, en efecto, imprescindible, no solo para completar el recorrido cronológico propuesto sino principalmente para aclarar diversas cuestiones, no del todo todavía resueltas, sobre la poesía de la experiencia y la otra o nueva sentimentalidad y las relaciones entre ellas, empezando por el pequeño laberinto terminológico, en el que tienen mucho que decir, desde luego, los planteamientos machadianos sobre la relación entre poesía y realidad social. No estamos, pues, solo ante un capítulo sobre la recepción de Machado en los años 80 y en el tránsito hacia el nuevo siglo, sino sobre una reflexión y actualización crítica de esta corriente poética, desde sus centros a sus aledaños, por parte de quien es una, si no la mayor, experta en la cuestión. Se echa en falta, quizás, para redondear un panorama ya de por sí rico y completo la atención a las otras corrientes contemporáneas y muchas veces enfrentadas a la estética de la experiencia, que acuden a otro Machado; atención que vendría a demostrar que la vieja

historia se repite bajo otras formas y que seguro que la autora, si no ha quedado plasmado aquí, tiene en mente o en el tintero.

Este estudio de recepción, en el sentido auténtico y veraz del término, está construido no solo desde el rigor de la filología, con el acercamiento y la inmersión en los textos, y desde la claridad de quien domina el tema del que habla, al que ha dedicado tantos trabajos previos, sino también, como continuamente se aprecia, desde la admiración por la poesía y figura de Antonio Machado y de toda la poesía del siglo XX, cuya historia se puede trazar, en efecto, a partir de cómo los sucesivos poetas han leído al sevillano, que sin ser el poeta fuerte en términos de Bloom (ese papel le correspondería a Juan Ramón Jiménez) es el poeta que nos interpela todavía desde una posición que tiene más dimensiones y más matices que el de la simple irradiación de ideas o posiciones estéticas, pues encontramos en su actualidad continuamente revivida, como aquí se deja constancia, una persona y no solo un personaje de la historia literaria.